

beis encontrado la descripción de esta ciudad, mi congreso en Postdam, mis recuerdos del gran Federico, de su caballo, de sus lebreles y de Voltaire.

El día 11, en el cual llegué, fui á vivir en seguida *bajo los tilos*, en el palacio que habia dejado el marqués de Bonnay, y que pertenecía á la duquesa de Dino: allí fui recibido por Mr. Decaux, de Flavigny y de Cussy, secretarios de legación.

El 17 de enero tuve el honor de presentar al rey la carta de llamamiento del marqués de Bonnay y mis credenciales. El rey, alojado en una simple casa, tenía por toda distinción dos centinelas á la puerta, y entraba quien quería, y se le hablaba *si estaba en su cuarto*. Esta sencillez de los principes alemanes contribuye á hacer menos sensibles á los pequeños el número y las prerogativas de los grandes. Federico Guillermo iba todos los días á la misma hora á fumar un cigarro al parque en un cabriolé descubierto que él mismo conducía, y yo le encontré muchas veces, siguiendo cada cual nuestro camino. Cuando volvía á Berlin, el centinela de la puerta de Brandebourg gritaba á mas no poder, la guardia tomaba las armas, el rey pasaba, y todo quedaba concluido.

En el mismo día hice mi visita al príncipe real y á sus hermanos, militares jóvenes muy alegres. Vi al gran duque Nicolás y á la gran duquesa, recientemente casados, y á los cuales estaban dando fiestas. También vi al duque y á la duquesa de Cumberland, al príncipe Guillermo, hermano del rey, y al príncipe Augusto de Prusia, por largo tiempo nuestro prisionero. Había querido casarse con Mad. Recamier, y poseía el admirable retrato que Gerard habia hecho de ella y que ella cambiara con el príncipe por el cuadro de Corina.

En seguida me dí prisa á buscar á Mr. Ancillon: ya nos conocíamos mutuamente por nuestras obras. En París lo habia encontrado con el príncipe real, su discípulo, y en Berlin estaba encargado interinamente de la cartera de Negocios Extranjeros durante la ausencia del conde de Bernstorff. Su vida era muy interesante; su mujer habia perdido la vista; todas las puertas de su casa estaban abiertas, y la pobre ciega se paseaba de sala en sala entre las flores, y descansaba á la ventura, como un ruiseñor aprisionado; cantaba muy bien, y murió pronto.

Mr. Ancillon, lo mis no que Mr. de Humboldt, era de origen francés; ministro protestante, sus opiniones habian sido al principio muy liberales. En 1828, estando en Roma, habia vuelto á la monarquía templada, y luego retrogradó hasta la monarquía absoluta. Con un amor casi frenético á los sentimientos generosos, tenía el miedo y el odio de los revolucionarios, y este odio es el que le ha llevado hasta el despotismo, á fin de pedir en él un asilo.

Hubo una fiesta en la corte, y allí comenzaron para mí los honores de que era bien poco digno. Juan Bart se habia puesto para ir á Versalles un vestido de tela de oro forrado de tela de plata, el cual le incomodaba mucho. La gran duquesa, hoy emperatriz de Rusia, y la duquesa de Cumberland, eligieron mi brazo para una marcha polaca. El aire de esta era una especie de *pot-pourri* compuesto de muchos trozos, entre los cuales, con gran satisfacción mia, reconocí la canción del rey Dagoberto: esto me alentó y vino en auxilio de mi timidez. Estas fiestas se repitieron, y una de ellas, sobre todo, se efectuó en el gran palacio del rey. No queriendo tomar á mi cargo la relación, la doy tal como está consignada en el *Morgen-Blatt* de Berlin por la baronesa de Hohenhausen:

Berlin 22 de marzo de 1821.

MORGEN-BLATT (diario de la mañana) número 77.

«Uno de los personajes notables que concurrían á

esta fiesta era el vizconde de Chateaubriand, ministro de Francia, y cualquiera que fuese el esplendor del espectáculo que se desenvolvía ante sus ojos, las bellas berlinesas aun tenían miradas para el autor de *Atala*, soberbia y melancólica novela, donde el amor mas ardiente sucumbe en el combate contra la religion. La muerte de Atala y la hora de felicidad de Chactas durante una tempestad en los antiguos bosques de la América, pintada con los colores de Milton, permanecerán para siempre grabadas en la memoria de todos los lectores de este libro. Mr. de Chateaubriand escribió la *Atala* en su juventud y en el destierro de su patria: de aquí esa profunda melancolía y esa pasión ardiente que respiran en la obra entera. Ahora, este hombre de Estado consumado, dedica únicamente su pluma á la política. Su última obra, *La vida y la muerte del duque de Berry*, está escrita en el mismo tono que empleaban los panegiristas de Luis XIV.

«Mr. de Chateaubriand es de una estatura menos que mediana, y sin embargo, esbelta. Su rostro ovalado tiene una expresión de piedad y de melancolía; sus cabellos y sus ojos son negros, y estos brillan con el fuego de su talento.»

Pero ya tengo los cabellos blancos; perdonad, pues, á la baronesa de Hohenhausen por haberme bosquejado en mi buen tiempo. El retrato es muy bonito; pero debo á mi sinceridad el decir que no se parece.

MINISTROS Y ENBAJADORES.—LA CORTE Y LA SOCIEDAD.

El palacio *Bajo los Tilos* (*unter Linden*) era demasiado grande para mí; frío y medio ruinoso, solo ocupaba de él una pequeña parte.

Entre mis colegas, ministros y embajadores, el único notable era Mr. de Alopeus: despues he encontrado á su mujer y á su hija en Roma al lado de la gran duquesa Elena. Si esta hubiese estado en Berlin en vez de la gran duquesa Nicolás, su cuñada, mas feliz habria sido yo.

Mr. de Alopeus, mi colega, tenía la dulce manía de creerse adorado, y de que se veía perseguido por las pasiones que inspiraba: «A fe mia, exclamaba, que no sé lo que yo tengo. Por todas parte donde voy me siguen las mujeres; pero Mad. de Alopeus se ha adherido obstinadamente á mí.» En la sociedad privada sucede lo mismo que en la sociedad pública; en la primera siempre hay adhesiones formadas y rotas, negocios de familia, muertes, nacimientos, penas y placeres particulares; en la otra, siempre cambios de ministros, batallas perdidas ó ganadas, negociaciones con las cortes, reyes que se van y monarquías que caen.

En la época de Federico II, elector de Brandeburgo, apellidado *Diente de hierro*; en la de Joaquin II, aprisionado por el judío Lippold; en la de Juan Sigismundo, que reunió á su electorado el ducado de Prusia; en la de Jorge-Guillermo el *Irresoluto*, que, perdiendo sus fortalezas, dejaba á Gustavo Adolfo entretenerse con las damas de su corte, y decía: «¿Qué hacer? Ellos tienen cañones.» En tiempo del gran lector, que solo encontró en sus Estados montones de ceniza, que dió una audiencia á la embajada tártara, cuyo intérprete tenía una nariz de madera y cortadas las orejas; en tiempo de su hijo, primer rey de Prusia, que, despertado una noche de repente por su mujer, le cogió una fiebre y se murió de miedo; bajo todos estos reinados, todas las memorias no son mas que una repetición de las mismas aventuras en la sociedad privada.

Federico Guillermo I, padre del gran Federico, hombre duro y bizarro, fue educado por Mad. Rocoules la refugiada: amó á una joven que no pudo dulcificarlo; nombró al bufon Gundling presidente de la academia real de Berlin; hizo encerrar á su hijo en la

ciudadela de Custin, y delante del joven príncipe fue cortada á Quatt la cabeza; esta era la vida privada de aquellos tiempos. El gran Federico tuvo una intriga con una bailarina italiana, la Barbarini, única mujer á quien se acercó en su vida: cuando se casó con la princesa Isabel de Brunswick, se contentó con pasar la primera noche de sus bodas tocando la flauta al pie de las ventanas de la princesa. Federico tenía el gusto de la música y la manía de los versos. Las intrigas y los epigramas de los dos poetas, Federico y Voltaire, turbaron á Mad. de Pompadour, al abate Bernis y á Luis XV: la margrave de Bayreuth estaba mezclada en todo esto. Reuniones literarias en el cuarto del rey; luego conciertos ante las estatuas de Antinoo, y grandes comilonas; mas tarde mucha filosofía, libertad de prensa y bastonazos, por último, cierto pastel de anguilas que puso fin á los días de un anciano grande hombre que quería vivir: hé aquí de lo que se ocupó la sociedad privada de estos tiempos de letras y de batallas. Y sin embargo, Federico ha renovado la Alemania, establecido un contrapeso al Austria, y cambiando todas las relaciones y todos los intereses políticos de la Germania.

En los nuevos reinados encontramos el palacio de mármol; Mad. de Rietz, con su hijo Alejandro, conde de la Marche; la baronesa de Stoltzemberg, querida del margrave Schwedt, en otro tiempo cómica; el príncipe Enrique y sus sospechosos amigos; la señora Voss, rival de Mad. de Rietz; una intriga de baile de máscaras entre un joven francés y la mujer de un general prusiano, y en fin, Mad. de F... cuya aventura puede leerse en la historia secreta de la corte de Berlin: ¿quién sabe todos estos nombres? ¿Quién se acordará de los nuestros? Hoy día apenas los octogenarios de la capital de Prusia conservan la memoria de esta generación pasada.

GUILLERMO DE HUMOLDT.—ADALBERTO DE CHAMISSO.

La sociedad de Berlin me convenia por sus hábitos; entre cinco y seis se iba á las tertulias; á las nueve estaba todo concluido, y en seguida me acostaba, como si no hubiese sido embajador. El sueño devora la existencia, y esto es lo que tiene de bueno. «Las horas son largas, y la vida corta, dice Fenelon.» Mr. Guillermo de Humboldt, hermano de mi ilustre amigo el baron Alejandro, estaba en Berlin. Yo le habia conocido de ministro en Roma, y siendo sospechoso al gobierno, á causa de sus opiniones, hacia una vida retirada, aprendiendo, para matar el tiempo, todas las lenguas, y aun todos los dialectos de la tierra. El encontraba los pueblos, habitantes antiguos de un cielo, por denominaciones geográficas del país, y una de sus hijas hablaba indiferentemente el griego antiguo y el griego moderno; si hubiera venido á cuento, comenzando un día se habria hablado en sanscrito.

Adalberto de Chamisso vivía en el jardín de las Plantas, á alguna distancia de Berlin, y yo le visité en esta soledad, donde las plantas se helaban en sus invernaderos. Era alto y de un rostro bastante agradable, y sentía yo cierto atractivo por este desterrado, viajero como yo, pues él habia visto aquellos mares del polo, donde yo me habia envanecido de penetrar. Emigrado, como yo, habia sido educado en Berlin en calidad de paje. Recorriendo Adalberto la Suiza, se detuvo un momento en Coppet, y en una expedición se encontró sobre el lago, donde pensó perecer. Este mismo día escribía: «Ya veo que necesito buscar mi salvación en los grandes mares.»

Chamisso habia sido nombrado por Mr. de Fontanes profesor en Napoleonville, y despues de griego en Strasburgo; pero él rechazó la oferta con estas nobles palabras: «La primera condición para trabajar en la instrucción de la juventud es la independencia, y aunque yo admire el genio de Bonaparte, no puede

convenirme.» Del mismo modo rehusó las ventajas que le ofrecía la restauración, diciendo: «Yo no he hecho nada por los Borbones, y no puedo recibir el precio de los servicios y de la sangre de mis padres: en este siglo, cada hombre debe proveer á su existencia.» En la familia de Mr. de Chamisso se conserva este billete, escrito en el Temple de mano de Luis XVIII: «Recomiendo á Mr. de Chamisso, uno de mis fieles servidores, á mis Hermanos.» El rey mártir habia ocultado este billete en su seno para hacerlo entregar á su primer paje, Chamisso, tío de Adalberto.

La obra mas interesante tal vez de este hijo de las musas, oculto bajo las armas extranjeras, y adoptado por los bardos de la Germania, son ciertos versos que escribió primero en alemán y luego tradujo al francés sobre el castillo de Boncours, su residencia paterna y en los cuales decía:

Bajo el hielo de mis cabellos encanecidos conservo aun los sueños de mi primera juventud; tú me persigues, fiel imagen, y renaces bajo la gadaña del tiempo. Surge ese noble castillo desde el fondo de un mar de verdes follajes; reconozco su tejado, sus torres y sus cornisas. Los leones de nuestro escudo de armas conservan todavía sus amorosas miradas; yo os saludo corriendo y penetro en el patio del palacio. Eh allí todavía la esfinge de la fuente y la pomposa higuera donde se desarrolló la vana sombra de los sueños infantiles. Vuelvo á encontrar en la capilla la tumba de mi abuelo: esa es la columna de la cual pendían suspendidas sus armas. Mis humedecidos ojos no pueden leer esos piadosos caracteres trazados en el mármol bañado en este momento por los rayos del sol. Antigua morada de mis padres, te encuentro enteramente parecida á mi propia existencia! ¡No te muestras ya tan altiva como en otros tiempos, el arado se ha paseado por tus praderas!... Tierra querida, prosigue siendo fértil, yo te bendigo con un corazón sincero, no dejes de recompensar el sudor del hombre, quien quiera que sea, que con su arado surca tu seno.

Chamisso bendice al trabajador que labra la tierra de que ha sido despojado. Yo echo de menos á Cambourg; pero con menos resignación, aunque no haya salido de mi familia. Embarcado en el buque de guerra por el conde de Romanzoff, M. de Chamisso descubrió, con el capitán Kotzerbue, el estrecho al Este del de Behring, y dió su nombre á una de las islas desde donde Cook habia entrevisto la corte de Austria. En el Kamtschatka encontró el retrato de Mad. Recamier, hecho en porcelana, y el cuentecillo *Peter Schlemihl*, traducido en holandés. El héroe de Adalberto, Peter Schlemihl, habia vendido su sombra al diablo: mejor hubiera querido yo venderle mi cuerpo.

Me acuerdo de Chamisso como de la brisa insensible que hacia encorvar ligeramente los trigos que yo atravesaba al volver á Berlin.

LA PRINCESA GUILLERMA.—LA ÓPERA.—REUNION MUSICAL.

Conforme á un reglamento de Federico II, los príncipes y las princesas de la sangre no veían en Berlin al cuerpo diplomático; pero gracias al carnaval, al matrimonio del duque de Cumberland, con la princesa Federica de Prusia, hermana de la difunta reina, y gracias también á cierta infracción de etiqueta que se me permitía á causa de mi persona, según decían, tuve ocasión de encontrarme con mas frecuencia que mis colegas con la familia real. Como yo visitaba de vez en cuando el *gran palacio*, allí encontré á la princesa Guillerma, que se complacía en llevarme á sus aposentos. Jamás he visto una mirada mas triste que la suya: en los salones inhabitados del castillo que caían sobre el Sprée me mostraba un aposento habitado en ciertos días por una dama blanca, y estrechándose contra mí con cierto terror, tenía todo el aspecto

de esa dama blanca. Por su parte, la duquesa de Cumberland me contaba que ella y su hermana, la reina de Prusia, siendo ambas muy jóvenes, habían oído á su madre, que acababa de morir, hablarles detrás de las cortinas corridas de su lecho.

El rey, en cuya presencia caía yo al salir de mis visitas de curioso, me llevaba á sus oratorios, me hacía notar el Crucifijo y los cuadros, y me pedía parecer sobre ellos, porque habiendo leído, decía, en *El Genio del Cristianismo* que los protestantes habían despojado demasiado su culto, había encontrada justa mi advertencia. Aun no había caído en el exceso de su fanatismo luterano.

En el teatro de la Opera tenia yo un palco al lado del palco real, enfrente del escenario. Yo charlaba con las princesas, y el rey salía en los entreactos y lo encontraba en los corredores: mirando entonces si alguna persona podía oírnos, me confesaba en voz muy baja su animadversión á Rossini y su amor á Gluck, extendiéndose en lamentaciones sobre la decadencia del arte y sobre las notas destructoras del canto dramático: me confesaba que no se atrevía á decir esto á nadie mas que á mí, á causa de las personas que le rodeaban, y cuando veía á alguien, se metía apresuradamente en el palco.

Allí vi representar la *Juana de Arco*, de Schiller: la catedral de Reims estaba perfectamente imitada. El rey, que era formalmente religioso, no soportaba sino con disgusto la representación del culto católico en el teatro. Mr. Spontini, el autor de *La Vestal*, era el director de la opera. Su esposa, hija de Mr. Erard, era una mujer muy agradable; mas parecia espigar la volubilidad del lenguaje de las mujeres por la lentitud que ponía en hablar: cada palabra, dividida en sílabas, espiraba en sus labios, y si hubiera querido decirnos *os amo*, el amor de un francés hubiera podido extinguirse entre el principio y el fin de estas dos palabras. Ella no podía terminar mi nombre, y jamás llegaba al fin sin cierta gracia.

Dos ó tres veces por semana tenia lugar una reunión lírica, al volver por las tardes de su tarea, las obreras y los trabajadores jóvenes, aquellas con sus canastillos al brazo, estos con los instrumentos de sus oficios, entraban mezclados en una sala, y distribuyéndoseles un papel de música, se unían en coro general con una precisión sorprendente. Concluido el coro, cada cual tomaba de nuevo el camino de su morada. Muy lejos estamos nosotros de este sentimiento de la armonía, medio poderoso de civilización, que ha introducido en las cabañas de los campesinos de la Alemania una educación que falta á nuestros hombres rústicos: donde hay un piano no existe la grosería.

MIS PRIMEROS DESPACHOS.—MR. DE BONNAY.

El 13 de enero abrí el curso de mis despachos con el ministro de Negocios Extranjeros. Mi ingenio se pliega fácilmente á este género de trabajo; ¿por qué no? Dante, Ariosto y Milton, ¿no han sido tan buenos políticos como poetas? Sin duda que yo no soy Dante, ni Ariosto, ni Milton; la Europa y la Francia han visto, sin embargo, por el *congreso de Verona*, lo que yo podría hacer.

Mi predecesor en Berlin me trataba en 1816 como trataba á Mr. de Lameth en sus miserables versos al principio de la revolución. Cuando uno es tan amable, no conviene dejar detrás de sí registros, ni tener la rectitud de un oficinista cuando no se tiene la capacidad de un diplomático. Sucede en los tiempos en que vivimos que una ráfaga de viento envía á vuestro puesto á aquel contra quien habíais declamado; y como el deber de un embajador es conocer primero los archivos de la embajada, acontece que uno se encuentra con notas en que es tratado por mano de

maestro. ¿Qué quereis? Estos talentos profundos, que trabajaban en el triunfo de la buena causa, no podían pensar en todo.

EXTRACTO DE LOS REGISTROS DE MR. DE BONNAY.

Número 64.

23 de noviembre de 1815.

«Las palabras que el rey ha dirigido á la secretaria nuevamente formada de la cámara de los Pares han sido conocidas y aprobadas por toda la Europa. Me han preguntado si era posible que hombres adictos al rey, personas de su servidumbre y que ocupen empleos en palacio ó en los cuartos de los príncipes, hubiesen podido, en efecto, dar sus votos para llevar á monsieur de Chateaubriand á la secretaria. Mi respuesta ha sido que siendo secreto el escrutinio, nadie podía conocer los votos particulares.—«¡Ah! exclamó un hombre principal: si el rey pudiese cerciorarse de ello, creo que el acceso de las Tullerías sería cerrado al instante á esos servidores infieles.» He creído que nada debía responder, y nada he respondido.»

15 de octubre de 1816.

«Lo mismo sucederá, señor duque, con las medidas de 5 y 20 de setiembre, pues una y otra solo encontrarán en Europa aprobadores. Pero lo que sorprende es que muy puros y dignos realistas continúen apasionándose por Mr. de Chateaubriand, á pesar de la publicación de un libro que establece en principio que el rey de Francia, en virtud de la carta, no es mas que un ser moral, esencialmente nulo y sin voluntad propia. Si otro cualquiera hubiese aventurado semejante máxima, los mismos hombres, no sin apariencia de razón, le habrían calificado de jacobino.»

Por los despachos de Mr. de Bonnay y por los de algunos otros embajadores del antiguo régimen, me ha parecido que estos despachos trataban menos de negocios diplomáticos que de anécdotas relativas á personajes de la sociedad y de la corte. Así es que Luis XVIII y Carlos X, gustaban mucho mas de las cartas divertidas de mis colegas que de mi seria correspondencia. Yo hubiera podido reirme y burlarme como mis antecesores; pero habia pasado el tiempo en que las aventuras escandalosas y las intrigas se ligaban en los negocios. ¿Qué bien habria resultado á mi país del retrato de Mr. Hardemberg, guapo viejo, blanco como un cisne, sordo como una tapia, que iba á Roma sin licencia, divirtiéndose de todo, creyendo en toda clase de sueños, y entregado al magnetismo en manos del doctor Koreff, á quien encontré á caballo galopando por lugares extraviados entre el diablo, la medicina y las musas?

Este desprecio por una correspondencia frívola me hacia decir á Mr. Pasquier en mi carta del 13 de febrero de 1831, número 13:

«No os he hablado, señor baron, según costumbre, de recepciones, bailes ni espectáculos, ni os he hecho retratos ni sátiras inútiles, pues he intentado sacar á la diplomacia de los chismes de comadres. El reinado de lo comun volverá cuando pase el tiempo extraordinario: hoy dia solo se debe pintar lo que ha de vivir, y no atacar mas que lo que amenaza.»

EL PARQUE.—LA DUQUESA DE CUMBERLAND.

Berlin me ha dejado un recuerdo durable, porque la naturaleza de los recreos que allí encontraba me

Jueves 19 de abril.

«Esta mañana, al despertar, me han entregado el último testimonio de vuestro recuerdo: mas tarde he pasado por vuestra casa, y he visto sus ventanas abiertas como de costumbre: ¡todo estaba en el mismo sitio, excepto vos! ¡No puedo deciros lo que esto me ha hecho experimentar! Ya no sé ahora dónde encontraros, pues cada instante os aleja mas: el único punto fijo es el 26, dia en que contais llegar, y el recuerdo que os conservo.»

«¡Dios quiera que todo lo encontréis cambiado por vuestro bien y por el bien general! Acostumbrada á los sacrificios, sabré soportar este de no volveros á ver, si es por vuestra dicha y por la de la Francia.»

22.

«Desde el *jueves* he pasado todos los dias por vuestra casa para ir á la iglesia, donde he orado mucho por vos. Vuestras ventanas siguen constantemente abiertas, y esto me conmueve. ¿Quién os tiene la atención de seguir vuestros gustos y vuestras órdenes, á pesar de estar ausente? Algunas veces me ocurre la idea de que no os habeis marchado, sino que, ocupado con negocios, habeis querido deshaceros de ese modo de los *importunos* para terminarlos cómodamente. No creais que esto sea una reconvenccion.»

23.

«Hace hoy un calor tan extremado, aun en la iglesia, que no puedo dar mi paseo á la hora ordinaria; esto me es indiferente *ahora*. ¡El querido bosquecillo ya no tiene encantos para mí, y todo me fastidia en él! Este cambio súbito de lo frio á lo caliente es comun en el Norte.»

24.

«La naturaleza está muy bella; todas las hojas han nacido despues de vuestra marcha: hubiera deseado que apareciesen dos dias antes, para que hubiéseis podido llevar en vuestro recuerdo una imagen mas risueña de vuestra permanencia aquí.»

Berlin 12 de mayo de 1821.

«¡Gracias á Dios recibo una carta vuestra! Bien sabia que no podiais escribirme mas pronto; mas á pesar de todos los cálculos que hacia mi razón, tres semanas, ó por mejor decir, veinte y tres dias, son muy largos para la amistad en la privación y carecer de noticias se parece al mas triste recuerdo: me quedaba, sin embargo, el recuerdo de la esperanza.»

15 de mayo.

«No es desde mi estribo, como el gran turco, sino desde mi lecho, desde donde os escribo; pero este retiro me ha dado todo el tiempo para reflexionar en el nuevo régimen que quereis hacer guardar á Enrique V, del cual estoy muy contenta; únicamente os aconsejo que comenceis por el corazón, y que hagais partícipe de vuestras lecciones al otro discípulo vuestro (Jorge), para que no haga demasiado *el diablo á cuatro*. Es preciso absolutamente que este plan de educación se realice, y que Jorge y Enrique V sean buenos amigos y buenos aliados.»

La duquesa de Cumberland continuó escribiendome desde las aguas de Ems, luego desde las de Schwalbach, y despues desde Berlin, adonde volvió el 22 de setiembre de 1821. Desde Ems me decía: «La coronacion en Inglaterra se hará sin mí; tengo

15**

llevaba á los tiempos de mi infancia y de mi juventud; solo que unas princesas muy reales reemplazaban el lugar de mi sílfide. Viejos cuervos, eternos amigos míos, venían á posarse en las tilos que estaban delante de mi ventana, y yo les echaba de comer: cuando habian agarrado un pedazo grande de pan, lo soltaban con una destreza inimitable para pillar otro mas pequeño, de modo que pudiesen coger otro un poco mas grueso, y así sucesivamente hasta el trozo capital, que, en la punta de su pico, impedía que pudiesen caerse los que tenia dentro. Terminada la comida, el pájaro cantaba á su manera: *cantus cornicum ut secla vetusta*.

Un dia, dando vuelta á la muralla del recinto. Hyacinthe y yo nos dimos de cara con un viento. Este tan penetrante, que nos vimos obligados á correr mas que deprisa para llegar á la ciudad medio muertos. Como íbamos atravesando terrenos acotados, todos los perros de guarda nos saltaban á las piernas persiguiéndonos. El termómetro descendió este dia á veinte y dos grados bajo cero, y en Postdam se helaron algunos centinelas.

Lo que se llama el parque en Berlin es un bosque de encinas, hayas y tilos de Holanda, que está situado en la puerta de Charlottembourg y atravesado por el camino que conduce á esta residencia real. A la derecha del parque hay un campo de Marte, y á la izquierda una porción de tabernas.

En lo interior del parque, que entonces no estaba abierto en avenidas regulares, se encontraban praderas y sitios salvajes con bancos de piedra, sobre los cuales la joven Alemania habia grabado con un cuchillo corazones atravesados con puñales: sobre uno de estos se leía el nombre de *Sand*. La naturaleza viva se reanimaba antes que la naturaleza vegetal, y una multitud de ramas negras eran devoradas por ánales en las aguas medio desheladas: estos ruiseñores *abrian la primavera en los bosques* de Berlin. Sin embargo de esto, el parque no dejaba de tener algunos lindos animales: las ardillas circulaban sobre las ramas, ó jugueteaban en tierra haciendo pabellones con sus colas, y cuando yo me acercaba á la fiesta, los actores se encaramaban al tronco de las encinas, y gruñían viéndome pasar por debajo de ellos. Pocos paseantes frecuentaban el bosque, cuyo suelo desigual estaba cortado con canales. Algunas veces me encontraba un viejo oficial gotoso que me decía muy contento, hablándome del pálido rayo de sol bajo el cual yo tiritaba:—«¿Cómo pica el sol!» De cuando en cuando me encontraba al duque de Cumberland, á caballo, y casi ciego, detenido ante una haya de Holanda, contra la cual acababa de tropezar. Tambien pasaban algunos coches tirados por seis caballos que conducían á la embajadora de Austria ó á la princesa de Radziwill con su hija, de quince años, encantadora como una de esas nubes con rostro de virgen que rodean la luna de Osian. La duquesa de Cumberland daba casi todos los dias el mismo paseo que yo, volviendo unas veces de socorrer en su cabaña á una pobre mujer de Spandau, deteniéndose otras y diciéndome que habia tratado de encontrarme: ¡amable hija de los tronos, que habia bajado de su carro, como la diosa de la noche, para errar en los bosques!

La princesa Federica ha pasado despues sus dias á orillas del Támesis, en sus jardines de Kew, que en otro tiempo me vieron errar entre mis dos acólitos, la ilusión y la miseria. Despues de mi salida de Berlin, me ha honrado con una correspondencia, donde pinta hora por hora la vida de un habitante de esas malezas, donde pasó Voltaire, donde murió Federico y donde se ocultó ese Mirabeau que debia comenzar la revolución de que yo fui victima.

He aquí algunos extractos de esa correspondencia:

una gran pena en que el rey haya fijado para hacerse coronar el día mas triste de mi vida; aquel en que vi morir aquella hermana adorada (la reina de Prusia). La muerte de Bonaparte tambien me ha hecho pensar en los sufrimientos que le causó.»

Berlin 22 de setiembre.

«Ya he vuelto á ver estas grandes avenidas solitarias. ¡Cuánto os debería si me enviáseis, como me habeis prometido, los versos que escribisteis para Charlotemburgo! Tambien he vuelto á andar el camino de la casa en que tuvisteis la bondad de ayudarme á socorrer á la pobre mujer de Spandan: ¡qué bueno sois en acordaros de este nombre! Todo me recuerda los tiempos felices, porque no es nuevo echar de menos la felicidad.»

«En el momento en que iba á enviar esta carta, se que el rey ha sido detenido en la mar por tempestades, y probablemente rechazado sobre las costas de Irlanda, de modo que el 14 aun no habia llegado á Londres.»

«La pobre princesa Guillerma ha recibido hoy la triste noticia de la muerte de su madre, la landgrave viuda de Hesse-Hombourg. Ya veis como os hablo de todo lo que concierne á nuestra familia: ¡quiera el cielo que vos tengais mejores noticias que daros!»

«No parece que la hermana de la bella reina de Prusia me habla de *nuestra familia*, como si tuviese la bondad de tratar de mi abuela de mi tia y de mis oscuros parientes en Plancouet? La familia real de Francia, ¿me ha honrado jamás con una sonrisa semejante á la de esta familia real extranjera, que apenas me conocia y que no me debía nada? Suprimo otras muchas cartas afectuosas, cartas llenas de resignacion y de nobleza, de familiaridad y de elevacion, que sirven de contrapeso á lo que he dicho, demasiado severo tal vez, sobre las razas soberanas. Mil años atrás, siendo la princesa Federica hija de Carlomagno, hubiera llevado á Eginhard sobre sus hombros durante la noche, á fin de que no dejase ninguna huella sobre la nieve.»

He vuelto á leer este libro en 1840, y á admirarme otra vez de las peripecias que contiene la novela de mi vida. Si hubiese yo regresado á Inglaterra con Jorge, heredero presunto de aquella corona, hubiera visto desvanecerse el sueño que me ofrecia un cambio de patria; al paso que, á no haberme casado, hubiera permanecido desde luego en la patria de Shakspeare y de Milton. El joven duque de Cumberland, que ha perdido la vista, no se ha casado con su prima la reina de Inglaterra. Por otra parte, la duquesa de Cumberland ha llegado á ser reina de Hannover, pero ¿dónde está? ¿Es dichosa? Y yo ¿dónde estoy? Dentro de poco no tendré, por fortuna, que examinar mi vida pasada, ni dirigirme estas preguntas: sin embargo, me es imposible dejar de pedir al cielo que colme de ventura los últimos años de la princesa Federica.

Solo fui enviado á Berlin con un ramo de oliva, y porque mi presencia embarazaba la marcha administrativa; pero conociendo la veleidat de la fortuna y seguro de que no habia terminado mi papel político, exiaba los acontecimientos, y no queria abandonar á mis amigos. Pronto noté que la reconciliacion entre el partido realista y el ministerial no habia sido sincera, pues reinaban desconfianzas y preocupaciones, no se me cumplia lo ofrecido, y aun comenzaban los ataques contra mí. La entrada en el consejo de MM. de Villele y de Corbiere habia suscitado zelos en la extrema derecha, la cual no reconocia ya por su jefe al primero, y este, cuya ambicion era impaciente, empezaba á cansarse. Nos escribimos algunas cartas, y Mr. de Villele me manifestaba su

pesar de haber aceptado su plaza; pero se equivocaba, y la prueba de que yo habia previsto los acontecimientos, es que antes de transcurrir el año llegó á ser ministro de Hacienda, asi como Mr. de Corbiere del Interior.

Tambien me expliqué en 1821 con el baron Pasquier del modo siguiente:

«Me dicen de París, señor baron, en correspondencia recibida esta mañana, 9 de febrero, que ha parecido mal el que yo haya escrito desde Maguncia al príncipe de Hardenberg, ó que le haya enviado un correo. No es cierto lo primero, y mucho menos lo segundo, y por lo tanto deseo que se me eviten disgustos parecidos al que me ha ocasionado este despacho. Cuando llegue el caso en que no agraden mis servicios, el mayor gusto que se me puede dar es manifestármelo terminantemente. Ni he pedido ni deseado la mision que se ha puesto á mi cargo, pues ni mi gusto ni mi eleccion podian aconsejarme que aceptase un destierro honroso, que he venido á cumplir por el bien de mi país. Si los realistas se han unido al ministerio, este no ignora que yo he tenido la dicha de contribuir á esta amalgama, y que por lo tanto me asiste algun derecho para quejarme. ¿Qué se ha hecho en favor de los realistas desde mi salida? No ceso de interesarme por ellos; ¿pero se me escucha? Señor baron; yo tengo, gracias á Dios, mas cosas de que ocuparme en este mundo que el asistir á bailes: mi país me reclama; mi esposa enferma necesita mis cuidados; mis amigos tampoco pueden estar sin su guía. No os pueden faltar hombres mas hábiles que yo para conducir con acierto los negocios diplomáticos, y por tanto es inútil buscar pretextos para manifestarme desagrado. Entenderé con media palabra, y me vereis dispuesto para volver á mi oscuridad.»

Estas palabras eran sinceras, y esta facilidad de abandonarlo todo sin echar nada de menos hubiera sido mi mayor fuerza, aun cuando hubiese abrigado alguna ambicion.

CONTINUACION DE MIS DESPACHOS.

«Mi correspondencia diplomática con Mr. Pasquier seguia su curso, y volviendo á hablar del asunto de Nápoles, me explicaba asi:

20 de febrero de 1821.

Número 15.

«El Austria hace un servicio á las monarquías destruyendo el edificio jacobino de las Dos-Sicilias; pero perderá á aquellas, si el resultado de una expedicion saludable y forzosa llega á ser la conquista de una provincia ó la opresion de un pueblo. Es necesario librar á Nápoles de la independencia demagógica, y establecer allí la libertad monárquica, rompiendo su esclavitud sin presentarle otras cadenas. El Austria, sin embargo, no quiere constitucion en Nápoles. ¿Y qué pondrá en su lugar? ¿Hombres? ¿Dónde están? Le bastarán sin duda para dar principio un cura liberal y doscientos soldados.»

«Despues de la ocupacion voluntaria ó forzosa es cuando debeis interponeros para que se establezca en Nápoles un gobierno constitucional, bajo el cual sean una verdad las garantías y los derechos sociales.»

Siempre habia conservado en Francia una preponderancia de opinion que me obligaba á dirigir mis miradas hácia el interior: mi plan fue sometido al ministro bajo las siguientes bases:

«Adoptar francamente el gobierno constitucional.

«Presentar la renovacion setenal, sin empeñarse en conservar una parte de la cámara existente, lo cual haria renacer las sospechas, ni en sostenerla por completo, lo que seria sumamente peligroso.

«Renunciar desde luego á las leyes excepcionales, origen de la arbitrariedad, objeto eterno de quejas y de calumnias.

«Libertar á la cámara de Diputados del despotismo ministerial.»

En mi comunicacion del 3 de marzo, número 18, volvia á ocuparme de España, y decia asi:

«No seria imposible que España cambiase repentinamente su monarquía en república, porque su constitucion debe producir su fruto. El rey huirá, ó será depuesto, si no muere asesinado, pues no es hombre bastante enérgico para apoderarse de la revolucion. Tambien pudiera suceder que España subsistiese durante algun tiempo regida por instituciones populares, si se dividiese en repúblicas federativas, segregacion para la cual es mas propia que ningun otro país, por la diversidad de sus reinos, de sus costumbres, de sus leyes y aun de sus idiomas.»

Los negocios de Nápoles volvieron á ocuparme otras tres ó cuatro veces, y en 6 de marzo, número 19, escribia lo que sigue:

«La legitimidad no ha podido echar profundas raíces en un Estado que ha cambiado tan continuamente de señores, y cuyas costumbres han sufrido tanta alteracion con las revoluciones. Los intereses comunes no han tenido aun el tiempo necesario para desarrollarse, ni los hábitos para recibir el sello uniforme de las instituciones y de los siglos. En la nacion napolitana existen muchos hombres corrompidos ó salvajes, que no conservan relaciones entre sí, ni apenas con la corona: el trono está muy cerca del *lazzarone*, y muy lejos del calabrés, para que sea respetado: los franceses poseyeron muchas virtudes militares al establecer la libertad democrática, pero, si lo intentan los napolitanos, no tendrán las necesarias.»

Por último, escribi algo acerca de Portugal, y volví á mi tema sobre España.

Corria la voz de que Juan VI se habia embarcado en Rio-Janeiro con direccion á Lisboa, y no dejaba de ser un azar de la fortuna, propio de nuestro siglo, la perspectiva de un rey de Portugal buscando en una revolucion europea refugio contra una revolucion americana, y viéndose obligado á pasar junto á la roca que aprisionaba al conquistador que le habia lanzado al Nuevo-Mundo.

«Todo es de temer en España (decia yo en 17 de marzo, número 21): la revolucion de la península recorrerá sus períodos naturales si no se levanta un brazo capaz de detenerla. Pero, ¿dónde está ese brazo? Hé aquí la cuestion.»

En 1823 tuve la fortuna de encontrarlo; fue el brazo de la Francia.

Leo con placer en un párrafo de mi comunicacion de 10 de abril, número 26, mi suspicaz antipatia para con los aliados y mi celo por los intereses de la Francia. Asi me explicaba respecto al Piamonte:

«No temo de modo alguno la prolongacion de las turbulencias del Piamonte en sus resultados inmediatos; pero puede producir un mal lejano; motivando

la intervencion militar del Austria y de la Rusia: el ejército de esta última potencia está siempre moviéndose, y no ha recibido contraórdenes.

«Ya podeis considerar si, en tal caso, no seria digno y seguro para la Francia *el hacer ocupar la Saboya* por veinte y cinco mil hombres, durante el tiempo en que aquellas dos naciones se mantengan en el Piamonte. Estoy persuadido de que este acto de vigor y de alta política, por lo mismo que halagaria el orgullo francés, seria muy popular y sobremas honroso para los ministros. Diez mil hombres de la guardia real, y un contingente elegido entre todos los demás cuerpos del ejército, compondrian fácilmente una fuerza de veinte y cinco mil soldados excelentes y fieles: la escarapela blanca se verá asegurada en presencia del enemigo.»

«No ignoro, señor baron, que debemos evitar el herir el amor propio francés, y que la dominacion de los rusos y de los austriacos en Italia puede sublevar el orgullo militar; asi, pues, el medio de contentarlo es la ocupacion de la Saboya. Los realistas se alegraran de este paso, y los liberales no podran menos de aplaudirlo al vernos tomar una actitud digna de nuestra fuerza. Tendremos de este modo la fortuna de apagar una revolucion demagógica y el honor de restablecer la preponderancia de nuestras armas. Seria conocer muy mal el espíritu francés dar á entender que tememos la reunion de veinte y cinco mil hombres para dirigirlos á un país extranjero, é igualarlos á las fuerzas del Austria y de la Rusia. Responderia del buen éxito con mi cabeza. Ademas, si hemos podido permanecer neutrales en cuanto á Nápoles, ¿nos será dado hacer lo mismo cuando se trata de nuestra seguridad y de nuestra gloria, comprometidas por los trastornos del Piamonte?»

Aquí se descubre todo mi sistema: yo era francés; tenia un sistema político, asegurado mucho antes de la guerra de España, y no se me ocultaba la responsabilidad que mis propios triunfos, caso de obtenerlos, harian recaer sobre mi cabeza.

A nadie interesarán sin duda estos recuerdos; pero tal es el inconveniente de las *Memorias*: cuando carecen de hechos históricos que referir, se ocupan de la persona del autor, y fastidian. Dejemos en paz á estas sombras olvidadas: por mi parte, mas quiero recordar que Mirabeau, desconocido, llenaba en Berlin, en 1786, una mision ignorada, y que se vió precisado á despachar un pichon-correo para anunciar al rey de Francia el último suspiro del terrible Federico.

«Me encontré bastante apurado, dice Mirabeau, pues era cosa segura que las puertas de la ciudad se cerrarian, y aun todo hacia presumir que los puentes de la isla de Postdam se levantasen al momento de ocurrir el suceso: en tal caso podia durar la incertidumbre todo el tiempo que quisiese el nuevo rey. En la primera suposicion, ¿cómo despachar un correo? No habia medio de escalar los muros ó saltar las empalizadas sin exponerse á un conflicto; pues los centinelas formaban una cadena de cuarenta pasos detrás de las segundas, y de sesenta en sesenta detrás de la muralla. A ser yo ministro, la seguridad de los síntomas mortales me hubiera decidido á escribir antes que el monarca prusiano sucumbiese; porque ¿qué mas podia añadir la palabra *muerto*? Pero en mi posicion, ¿debía yo hacerlo? De todos modos, lo mas importante era cumplir bien, para lo cual envié á un hombre seguro con un caballo ligero y vigoroso á cierta granja, distante cuatro millas de Berlin, y en la cual me cuidaban dos pares de pichones bien ensayados; de modo que, si no se levantaban los puentes de Postdam, estaba seguro de salir con mi intento.»